



Meditación 2  
**¿Dónde está  
TU DIOS?**

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

“

Como busca la cierva corrientes de agua,  
así mi alma te busca a Ti, Dios mío;  
tiene sed de Dios, del Dios vivo:  
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?  
Las lágrimas son mi pan noche y día,  
mientras todo el día me preguntan:  
“¿dónde está tu Dios?”  
¿Por qué te acongojas, alma mía; por qué te me angustias?  
Espera en Dios, que volverás a darle gracias.»

(Salmo 42 – 41 – 2- 4.6).

**D**aría la impresión de que Dios es para las horas buenas, para los tiempos de abundancia, para los momentos de salud y plenitud, para las alegrías fáciles, para aquellos instantes en que nos parecería que Él tendría que estar presente y en los que, sin embargo, justamente porque no hay ni penas ni dolor, solemos olvidarlo infinitamente y prescindimos de Él por irrelevante e innecesario, ya que, por faltarnos, no nos falta nada. Y por esto mismo, da la impresión de que cuando llega el sufrimiento y nos visita la tragedia, es la hora de su ausencia, la de la certeza de que nos ha dado la espalda o, peor aún, de que nunca estuvo con nosotros y que estamos abandonados a nuestra suerte.

Perdí la cuenta de las veces en que, estrenando intelecto y capacidad de abstracción, los muchachos me dicen que si Dios existe por qué permite el sufrimiento y el dolor. A esto suelen añadir experiencias personales que les han dejado rencor o resentimiento en el alma: si Dios existe por qué la enfermedad de la abuela, por qué la muerte temprana de la madre, por qué los problemas familiares, por qué las deudas, por qué la pobreza de los pobres y las penas de los apenados, por qué el sentimiento opresivo de la soledad, por qué la angustia o la ansiedad o la tristeza inmensa que no se pasa jamás. Esta aporía que parece lógica pretende vender la imagen de un Dios que tiene como misión vivirnos la vida, arreglar nuestros desastres, enderezar lo que hemos torcido y dedicarse a sobreprotegernos como si fuéramos incapaces, como si no pudiéramos crecer en las desgracias y transformar los dolores en oportunidades. Es verdad que todo momento de sufrimiento es un desafío para nuestra fe, no sólo para nuestra fe en Dios, sino también para nuestra fe en la vida, en los demás, en nosotros mismos. Pero, justamente por ser un desafío, estos momentos son los que hacen que la fe sea realmente fe y no un simple accesorio prescindible de la existencia. Nunca maduramos tanto en la fe, como cuando ésta es sometida al reto de creer en medio del infortunio.

Las páginas de la Sagrada Escritura están llenas de reflexiones hechas en medio del dolor. Mirándolo bien, Israel conoció pocas alegrías. Abraham, el padre del pueblo, vio cómo pasaban los años y se hacía un anciano sin el consuelo de tener un hijo. Jacob tuvo que huir de la ira de su hermano, perdió a su amada Raquel cuando ésta dio a luz a Benjamín y creyó que su hijo José, a

quien tanto quería, había sido devorado por una fiera. José, a su vez, fue vendido como esclavo por sus propios hermanos quienes lo miraban con envidia. A la muerte de Salomón la nación se dividió en dos países, el del Norte y el del Sur, y un tiempo después éstos fueron invadidos por Asiria, primero, y por Babilonia, después. ¡Cuántas pérdidas, cuántas amarguras, cuántos muertos por la violencia o el hambre, cuánta libertad perdida, cuánto doloroso destierro, cuántas soledades en las ciudades destruidas y en los campos arrasados! Y fue ahí, ahí en esos momentos de dolor, mucho más que en los pocos años de felicidad y bonanza, cuando Israel descubrió a fondo la fe en el Dios de la misericordia que se mantiene siempre fiel a su alianza.

No faltarán hoy los profetas de desastres que pretendan hacer aparecer esta crisis como un castigo divino —como si Dios, el Dios del amor, castigara—. Tampoco faltarán los oportunistas que se burlen de nuestra fe y nos quieran demostrar con esto la ausencia de Dios, su olvido de nosotros, su pretendida traición. Otros hablarán de la manera como el planeta se está defendiendo de esta humanidad predadora que lo ha explotado hasta la extenuación. Y, con todo, nada de esto es verdad. Esta crisis, esta tragedia que estamos viviendo, como la mayor parte de las tragedias de la historia, es obra de la insensatez humana, justamente de nuestro estilo de hacer las cosas a nuestro modo y no de la manera decente, inteligente, compasiva y considerada que nos pide Dios. Fue la insensatez humana la que, a pesar de las lecciones dadas por los virus anteriores, mantuvo abiertos en Oriente Lejano los mercados de animales salvajes y exóticos, sólo por aquello de que eran un placer al que no se quería renunciar. Fue la insensatez humana la que tardó en activar las medidas de contención en Italia, España y Francia y la que permitió que ni siquiera Estados Unidos tomara las prevenciones oportunas. La insensatez humana ha llevado a la gente a saltarse la cuarentena como si ésta fuera un chiste, la que ha permitido que muchos jóvenes sigan de rumba como si no hubiera una amenaza para todos, la que explica que se haya saturado la línea 123 con llamadas para hacer bromas. No. Este desastre no es obra de un Dios castigador o vengativo o ausente o inexistente. No nos vengan ahora con la pregunta retórica de “¿dónde está tu Dios?”. Este desastre es nuestro desastre y lo seguirá siendo mientras no asumamos que somos nosotros —nosotros sus causantes—, los que tenemos que asumir los más grandes esfuerzos para remediarlo.

Eso sí, para intentar sanar lo que hemos enfermado nosotros, necesitaremos todo eso que sólo Dios da en abundancia:

- **Sabiduría**, para tomar decisiones prudentes y no según conveniencias egoístas ni por intereses individuales;
- **Compasión**, para sentir como propio el dolor de los demás y, por ello, hacer todo lo posible no sólo por protegernos, sino para proteger a todos;
- **Abnegación**, para aceptar todas las privaciones de este momento sin caer en la amargura, y, en cambio, deseando dar lo mejor de nosotros a los demás;
- **Gratitud** hacia todos los que trabajan por nuestra salud, por nuestra seguridad, por nuestra alimentación y bienestar, aún en esta hora de tanto riesgo y desafío;
- **Sentido de comunidad**, para no olvidar que, es en horas como éstas, en las que tiene que ser aún más cierto el mandamiento de amar a los otros como Cristo nos amó;
- **Capacidad de sacrificio**, para dar mucho de nosotros mismos, aunque cueste y cueste más de la cuenta, con tal de buscar el bien común, con tal de cuidar a los más vulnerables, con tal de salvar muchas vidas;
- **Valentía**, para asumir todo lo que tengamos que asumir, por difícil que ello sea, sin afligirnos ni angustiarnos;
- **Esperanza**, para no caer en la angustia, para tener cada día la confianza puesta en que esta vez, como tantas otras veces, saldremos adelante si permanecemos unidos, si actuamos con bondad;
- **Paz**, para cuidar en lo más profundo de nosotros la presencia del Amor Divino que no nos deja desfallecer, que nos alienta a seguir adelante sin darnos por vencidos, que saca de nosotros la mejor versión de nosotros mismos;

- **Alegría del alma**, que es la alegría del día de la resurrección, la alegría de la muerte vencida por la vida, del infortunio vencido por el amor;
- **Amor de misericordia**, para mirarlo todo y mirar a todos con la benevolencia, la ternura y la mansedumbre de Dios;
- **Y Fe**, para confiar en la genialidad de la mente humana que hallará una solución, para confiar en el valor de quienes lo están dando todo y lo darán todo por sacarnos de este momento difícil, para creer en nuestras familias como lugar de crecimiento y seguro refugio, para creer en el sentido de nuestras vidas, para saber que cuando todo esto pase, todos nosotros, con nuestras vocaciones, tendremos una cita con la historia.

No olvidemos que Israel descubrió plenamente su fe en el Dios de la alianza en medio de las muchas penas que como pueblo tuvo que vivir. No olvidemos que los primeros cristianos confesaron la fe en la resurrección siendo perseguidos y ofreciendo su vida como mártires. Y, sobre todo, no olvidemos que el triunfo y la victoria de Cristo sucedieron en el patíbulo de la cruz. Y es que Dios no es para los momentos fáciles, para los días de solaz. Dios es para acompañarnos en las horas más oscuras, en las penas más amargas, en los sufrimientos más profundos, en esos momentos en los que tomamos conciencia de vivir desterrados “en este valle de lágrimas”. Por esto, justamente por esto, vuelve los ojos hacia el Señor, busca su rostro y ora a tu Padre que está en lo secreto... Y tu Padre que habita en lo secreto, te recompensará con su presencia.

Por allá en tiempos de un profeta llamado Habacuc (sería quizá el año 400 a.C.), cuando Israel estaba destruida y arrasada, se escribió este hermoso y desgarrador poema:



Aunque la higuera no echa yemas  
y las cepas no dan fruto,  
aunque el olivo ya no tiene aceitunas  
y los campos no dan cosechas,  
aunque se acaban las ovejas en el redil  
y no quedan vacas en el establo,  
yo cantaré al Señor, yo me gozaré con Dios mi salvador.  
El Señor es mi fuerza, Él me da piernas de gacela,  
y me hace caminar por las alturas.»

(Habacuc 3, 17-19).

Éste podría ser hoy también nuestro canto: aunque un virus viaje en nuestros aviones y entre en nuestras ciudades, aunque ya no haya fiestas ni reuniones, aunque estemos confinados en nuestras casas y temiendo no poseer todo lo que necesitamos, aunque se hayan cambiado nuestros planes y quizá nos aguarde una penuria económica, nosotros confiamos en el Señor, Él es nuestra fuerza y nuestra energía, Él nos hará volver a volar por las alturas.



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

**ESCOLAPIOS NAZARET**

"Educación en Piedad y Letras"